

Don Juan Manuel: El Conde Lucanor Cuento XXXV

Lo que sucedió a un mozo que casó con una muchacha de muy mal carácter (versión castellano moderno)

Otra vez, hablando el conde Lucanor con Patronio, su consejero, díjole así:

-Patronio, uno de mis deudos me ha dicho que le están tratando de casar con una mujer muy rica y más noble que él, y que este casamiento le convendría mucho si no fuera porque le aseguran que es la mujer de peor carácter que hay en el mundo. Os ruego que me digáis si he de aconsejarle que se case con ella, conociendo su genio, o si habré de aconsejarle que no lo haga..

-Señor conde- respondió Patronio-, si él es capaz de hacer lo que hizo un mancebo moro, aconsejadle que se case con ella; si no lo es, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le refiriera qué había hecho aquel moro.

Patronio le dijo que en un pueblo había un hombre honrado que tenía un hijo que era muy bueno, pero que no tenía dinero para vivir como él deseaba. Por ello andaba el mancebo muy preocupado, pues tenía el querer, pero no el poder.

En aquel mismo pueblo había otro vecino más importante y rico que su padre, que tenía una sola hija, que era muy contraria del mozo, pues todo lo que éste tenía de buen carácter, lo tenía ella de malo, por lo que nadie quería casarse con aquel demonio. Aquel mozo tan bueno vino un día a su padre y le dijo que bien sabía que él no era tan rico que pudiera dejarle con qué vivir decentemente, y que, pues tenía que pasar miserias o irse de allí, había pensado, con su beneplácito, buscarse algún partido con que poder salir de pobreza. El padre le respondió que le agradaría mucho que pudiera hallar algún partido que le conviniera. Entonces le dijo el mancebo que, si él quería, podría pedirle a aquel honrado vecino su hija. Cuando el padre lo oyó se asombró mucho y le preguntó que cómo se le había ocurrido una cosa así, que no había nadie que la conociera que, por pobre que fuese, se quisiera casar con ella. Pidióle el hijo, como un favor, que le tratara aquel casamiento. Tanto le rogó que, aunque el padre lo encontraba muy raro, le dijo lo haría.

Fuese en seguida a ver a su vecino, que era muy amigo suyo, y le dijo lo que el mancebo le había pedido, y le rogó que, pues se atrevía a casar con su hija, accediera a ello. Cuanto el otro oyó la petición le contestó diciéndole:

-Por Dios, amigo, que si yo hiciera esto os haría a vos muy flaco servicio, pues vos tenéis un hijo muy bueno y yo cometería una maldad muy grande si permitiera su desgracia o su muerte, pues estoy seguro que si se casa con mi hija, ésta le matará o le hará pasar una vida mucho peor que la muerte. Y no creáis que os digo esto por desairaros, pues, si os empañáis, yo tendré mucho gusto en darla a vuestro hijo o a cualquier otro que la saque de casa.

El padre del mancebo le dijo que le agradecía mucho lo que le decía y que, pues su hijo quería casarse con ella, le tomaba la palabra.

Se celebró la boda y llevaron a la novia a casa del marido. Los moros tienen la costumbre de prepararles la cena a los novios, ponerles la mesa y dejarlos solos en su casa hasta el día siguiente. Así lo hicieron, pero estaban los padres y parientes de los novios con mucho miedo, temiendo que al otro día le encontrarían a él muerto o malherido.

En cuanto se quedaron solos en su casa se sentaron a la mesa, mas antes que ella abriera la boca miró el novio alrededor de sí, vio un perro y le dijo muy airadamente:

-¡Perro, danos agua a las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y a decirle aún con más enojo que les diese agua a las manos. El perro no lo hizo. Al ver el mancebo que no lo hacía, se levantó de la mesa muy enfadado, sacó la espada y se dirigió al perro. Cuando el perro le vio venir empezó a huir y el mozo a perseguirle, saltando ambos sobre los muebles y el fuego, hasta que lo alcanzó y le cortó la cabeza y las patas y lo hizo pedazos, ensangrentando toda la casa.

Muy enojado y lleno de sangre se volvió a sentar y miró alrededor. Vio entonces un gato, al cual le dijo que les diese agua a las manos. Como no lo hizo, volvió a decirle:

-¿Cómo, traidor, no has visto lo que hice con el perro porque no quiso obedecerme? Te aseguro que, si un poco o más conmigo porfías, lo mismo haré contigo que hice con el perro.

El gato no lo hizo, pues tiene tan poca costumbre de dar agua a las manos como el perro. Viendo que no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas, dio con él en la pared y lo hizo pedazos con mucha más rabia que al perro. Muy indignado y con la faz torva se volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, que le veía hacer esto, creía que estaba loco y no le decía nada.

Cuando hubo mirado por todas partes vio un caballo que tenía en su casa, que era el único que poseía, y le dijo lleno de furor que les diese agua a las manos. El caballo no lo hizo. Al ver el mancebo que no lo hacía, le dijo al caballo:

-¿Cómo, don caballo? ¿Pensáis que porque no tengo otro caballo os dejaré hacer lo que queráis? Desengañaos, que si por vuestra mala ventura no hacéis lo que os mando, juro a Dios que os he de dar tan mala muerte como a los otros; y no hay en el mundo nadie que a mí me desobedezca con el que yo no haga otro tanto.

El caballo se quedó quieto. Cuando vio el mancebo que no le obedecía, se fue a él y le cortó la cabeza y lo hizo pedazos. Al ver la mujer que mataba el caballo, aunque no tenía otro, y que decía que lo mismo haría con todo el que le desobedeciera, comprendió que no era una broma, y le entró tanto miedo que ya no sabía si estaba muerta o viva.

Bravo, furioso y ensangrentado se volvió el marido a la mesa, jurando que si hubiera en casa más caballos, hombres o mujeres que le desobedecieran, los mataría a todos. Se sentó y miró a todas partes, teniendo la espada llena de sangre entre las rodillas.

Cuando hubo mirado a un lado y a otro sin ver a ninguna otra criatura viviente, volvió los ojos muy airadamente hacia su mujer y le dijo con furia, la espada en la mano:

-Levántate y dame agua a las manos.

La mujer, que esperaba de un momento a otro ser despedazada, se levantó muy de prisa y le dio agua a las manos.

Díjole el marido:

-¡Ah, cómo agradezco a Dios el que hayas hecho lo que te mandé! Si no, por el enojo que me han causado esos majaderos, hubiera hecho contigo lo mismo.

Después le mandó que le diese de comer. Hízolo la mujer. Cada vez que le mandaba una cosa, lo hacía con tanto enfado y tal tono de voz que ella creía que su cabeza andaba por el suelo. Así pasaron la noche los dos, sin hablar la mujer, pero haciendo siempre lo que él mandaba. Se pusieron a dormir y, cuando ya habían dormido un rato, le dijo el mancebo:

-Con la ira que tengo no he podido dormir bien esta noche; ten cuidado de que no me despierte nadie mañana y de prepararme un buen desayuno.

A media mañana los padres y parientes de los dos fueron a la casa, y, al no oír a nadie, temieron que el novio estuviera muerto o herido. Viendo por entre las puertas a ella y no a él, se alarmaron más. Pero cuando la novia les vio a la puerta se les acercó silenciosamente y le dijo con mucho miedo:

-Pillos, granujas, ¿qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta ni a rechistar? Callad, que si no, todos seremos muertos.

Cuando oyeron esto se llenaron de asombro. Al enterarse de cómo habían pasado la noche, estimaron en mucho al mancebo, que así había sabido, desde el principio, gobernar su casa. Desde aquel día en adelante fue la muchacha muy obediente y vivieron juntos con mucha paz. A los pocos días el suegro quiso hacer lo mismo que el yerno y mató un gallo que no obedecía. Su mujer le dijo:

-La verdad, don Fulano, que te has acordado tarde, pues ya de nada te valdrá matar cien caballos; antes tendrías que haber empezado, que ahora te conozco.

Vos, señor conde, si ese deudo vuestro quiere casarse con esa mujer y es capaz de hacer lo que hizo este mancebo, aconsejadle que se case, que él sabrá cómo gobernar su casa; pero si no fuere capaz de hacerlo, dejadle que sufra su pobreza sin querer salir de ella. Y aun os aconsejo que a todos los que hubieren de tratar con vos les deis a entender desde el principio cómo han de portarse.

El conde tuvo este consejo por bueno, obró según él y le salió muy bien. Como don Juan vio que este cuento era bueno, lo hizo escribir en este libro y compuso unos versos que dicen así:

*Si al principio no te muestras como eres,
no podrás hacerlo cuando tú quisieres.*

Cuestiones a trabajar:

- 1.- Lectura dramatizada.
- 2.- Resumen sintético del cuento.
- 3.- Estructura del cuento. Comprobar si se ajusta a la estructura teórica.
- 4.- Concreta los personajes que aparecen en el cuento.
- 5.- ¿Cuál es la moraleja? ¿Actuó correctamente el mancebo? ¿Y el suegro? ¿Qué tiene que ver esta historia con la forma de pensar de D. Juan Manuel?
- 6.- Para toda la clase: buscar el argumento de *La fierecilla domada* de Shakespeare.

Comentario de texto del cuento.

1.- Resumen:

Como todos los *exemplos* de la primera parte, el cuento surge como respuesta a una cuestión que el Conde Lucanor plantea a su consejero Patronio. A un pariente del Conde se le ha presentado la oportunidad de contraer matrimonio con una mujer de superior riqueza y linaje, pero de muy mal carácter. El pariente le ha pedido consejo al Conde, el cual a su vez pide consejo a Patronio. Patronio responde contándole el caso del mancebo que se casó con una mujer muy fuerte y muy brava, a la que fue capaz de dominar imponiendo su autoridad desde el principio. En el fragmento, el suegro del mancebo intenta hacer lo mismo con su mujer, pero fracasa porque llevan tiempo casados y la mujer ya lo conoce; debió haber impuesto su autoridad al principio.

2.- Correspondencias entre el problema del Conde y el relato de Patronio:

De este modo se establece una clara correspondencia entre la cuestión que plantea el Conde Lucanor y el relato de Patronio. El pariente del Conde deberá casarse con la mujer si es capaz de hacer lo mismo que hizo el mancebo; y deberá imponer su autoridad desde el primer momento; de lo contrario le ocurrirá lo mismo que al suegro. El caso del mancebo es, por consiguiente, el modelo que debe seguir el pariente del Conde; y el caso del suegro es el ejemplo negativo o modelo a evitar.

3.- Narrador:

El narrador de este relato (y de todos los del libro) es el consejero Patronio, siendo el Conde Lucanor su destinatario interno. Ambos conforman el marco narrativo que hilvana los sucesivos cuentos de la primera parte. En este caso aparece mencionado además un tercer personaje en el marco narrativo: el pariente que ha pedido consejo al Conde Lucanor sobre su casamiento.

Una vez concluido el relato y la exposición de la enseñanza por parte de Patronio, toma la palabra el narrador externo. Es siempre un narrador externo el que presenta los diálogos entre el Conde y Patronio, y el que, tras la intervención del consejero, cuenta que el Conde siguió su consejo y le fue bien. Y a continuación, como en todos los cuentos, presenta en tercera persona y como si fuese un personaje más al autor del libro, el cual resume la enseñanza en un pareado.

4.- Estructura:

Dentro del estructura tripartita que presentan los cuentos del libro, el fragmento abarca el segundo de los dos relatos contenidos en el cuento XXXV, la enseñanza que deduce de ellos Patronio y la moraleja del don Juan Manuel.

1. Problema del Conde Lucanor
2. Ejemplo relatado por Patronio
 - Relato 1: El mancebo y la mujer de mal carácter.
 - Relato 2: El suegro y su esposa.
3. Consejo de Patronio y Moraleja de Don Juan Manuel

Estas mismas partes son las que podemos apreciar en el fragmento. Tanto el relato del cuento como la exposición de la enseñanza forman parte de una larga intervención de Patronio en estilo directo. La aplicación del consejo y la presentación del autor como personaje que recoge la moraleja en dos versos corren a cargo del narrador externo. Cada una de estas partes corresponde a un párrafo del texto (si incluimos el diálogo en el primero).

5.- Personajes:

Los dos núcleos narrativos del cuento XXXV cuentan cada uno con una pareja de protagonistas: el mancebo y la mujer de mal carácter en el primer relato, y el suegro del mancebo y su esposa en el segundo, que son los que aparecen en el fragmento.

Entre ambas parejas se establece una antítesis: el mancebo sabe imponerse a la mujer desde el principio, mientras que el suegro ya ha perdido la autoridad ante su esposa, de modo que es inútil que intente recobrarla.

6.- Análisis más detallado del fragmento: estilo y contenido:

Centrándonos ya en el análisis más detallado del fragmento, observamos que narración del segundo relato es muy breve. En el primer relato, después de la boda, el mancebo empezó a dar órdenes a los animales de la casa, y al no obedecerle, los mataba brutalmente; por ello, cuando dio una orden a su esposa, ésta se apresuró a obedecerle.

Como ya ha sido contado con detalle el caso anterior, Patronio se limita a señalar que el suegro quiso hacer lo mismo que el mancebo, para lo cual mató a un gallo. Con esta simple alusión se resume en un par de frases toda la historia anterior, porque lo que interesa destacar es su desenlace contrario. La mujer le responde con un gracioso e hiperbólico lenguaje popular, que ya manifiesta su falta de temor y respeto hacia el marido:

- La verdad, don Fulano, que te has acordado tarde, pues ya de nada te valdrá matar cien caballos.

El segundo relato, por lo tanto, constituye una evidente antítesis del primero, y su función es subrayar un aspecto de la enseñanza: hay que hacerse respetar desde el principio. Tanto Patronio como el autor lo indicarán luego expresamente:

(Patronio) *...les deis a entender desde el principio cómo han de portarse.*

(Don Juan Manuel) *Si al principio no te muestras como eres...*

La exposición de la enseñanza se construye, con toda simplicidad, sobre dos frases hipotéticas contrarias. Ambas se fundamentan en los dos relatos anteriores: el consejo es que si el pariente de conde es capaz de imponer su autoridad (como el mancebo en el primer relato), le conviene casarse; si no es capaz (como el suegro en el relato segundo), es preferible quedarse pobre.

Lo más destacable de la exposición es la generalización con que termina Patronio: *“Y aun os aconsejo que a todos los que hubieren de tratar con vos les deis a entender desde el principio cómo han de portarse.”* Patronio da al Conde un consejo no pedido, y pasa además del plano familiar al social. Esta parte de la enseñanza es la que en realidad interesa más a don Juan Manuel, en su calidad de noble que ha de conservar la autoridad frente a sus vasallos. Lo prueba el hecho de que repita la misma idea en su pareado.

A la enseñanza le sigue una frase, casi siempre idéntica a la de otros cuentos, en que se señala la aplicación del consejo por parte del Conde y sus buenos resultados.

Y, por último, el propio autor, presentado en tercera como un personaje más, resume la moraleja en un pareado. Esta aparición del autor en su libro es insólita en la literatura medieval y resulta indicativa de la fuerte personalidad y originalidad de Don Juan Manuel. Sin embargo, es frecuente en su obra: ocurre lo mismo en todos cuentos de la primera parte del libro y en otros libros suyos. Hay que destacar, de nuevo, que el autor no asume la enseñanza directa del cuento (imponer la autoridad a la mujer), sino aquella de carácter más general que Patronio imparte al Conde (hacerse respetar), y que mejor encaja en sus preocupaciones de noble.

7.- Conclusión:

El fragmento comentado resulta ilustrativo del dominio de las técnicas narrativas del autor, quien, a menudo, es capaz de combinar en un mismo ejemplo varios núcleos narrativos (en el ejemplo XXXV, dos) y de establecer entre ellos antítesis o paralelismos que redundan en una mayor claridad de la enseñanza que quiere transmitir, según hemos observado en el comentario.

Además de esta perfección constructiva, el fragmento nos revela también cómo el autor orienta la enseñanza de los cuentos en que se basa a sus particulares preocupaciones como noble. Así, de un ejemplo que en principio alude a las relaciones entre cónyuges, se extrae una enseñanza más general relativa al trato social entre nobles o entre el noble y sus vasallos. Un consejo, por lo tanto, dirigido a otros nobles como él y de carácter mundanal, como suelen serlo todos los de la primera parte del libro.